
CAPÍTULO III.

El Koran. — Gran pensamiento que preocupa á los Turcos desde su origen. — El Koran no es un código suficiente. — Decadencia y sus causas principales. — Vacíos en la legislación, falta de instituciones, poligamia y esclavitud. — Influencia de los ulemas. — Reformas iniciadas. — Los derswiches y sus monasterios. — Barrera formidable que necesita salvarse para obrar una regeneracion en la Turquía. — ¿Qué juzgan hoy del islamismo sus creyentes? — Religion material del pueblo.

Del fondo del Asia salia á principio del siglo séptimo un hombre atrevido, imponiendo con las armas en la mano una nueva fe á las tribus de la Arabia y á las familias errantes del desierto. Declarándose profeta y enviado de Dios, probó su mision con patrañas bien fáciles de presentar con aire de verdad á hombres bárbaros y supersticiosos por naturaleza y por instinto. Á los dogmas esenciales de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma añadió la promesa de un paraíso lleno de goces carnales, y propio para halagar la sensualidad que distingue á los indígenas del Oriente. El fatalismo, enseñado con todas las consecuencias espantosas que encierra su doctrina, auxilió eficazmente la conquista, y los afiliados en la nueva fe se hicieron distinguir de las demas naciones por la marca de la circuncision. Con esta y las abluciones halagó el nuevo profeta á los judíos, así como á los paganos con ciertos sacrificios en ocasiones solemnes, y á los cristianos con la limosna, el ayuno y la oracion. La poligamia quedó autorizada, é investido el hombre de un poder absoluto y tiránico sobre sus consortes, los derechos de la mujer perecieron; quedando condenada esta á figurar solo

en el largo rol de la esclavitud doméstica sancionado por la fe del Alcoran. Pero Mahoma, sin ser mas profeta que tantos impostores que con talento superior explotaron en diferentes siglos la credulidad ignorante de los pueblos, ni era legislador, ni era político; así es que el código que dió á sus afiliados estuvo muy léjos de llenar las necesidades del gran pueblo que iba á regirse por sus instituciones. Un pensamiento sí que inspiró en aquella multitud de tribus que reunia su espada, una idea que llenaba de ardor entusiasta á hombres que no conocian mas que las costumbres bárbaras de la Arabia y del Kurdistan: la dominacion universal. Ya la Arabia habia caido toda bajo el dominio de Mahoma, ya sus sucesores hacian pesar su yugo sobre las mas bellas provincias del Asia, ya el imperio bizantino habia desaparecido, y el pabellon de la Crescente tremolaba en las fortalezas donde poco há se ostentara el sacro estandarte de la Cruz. La débil resistencia opuesta por los Griegos á la pujanza otomana no tardó en convertirse en verdadera esclavitud, y Polonia, Venecia y Alemania temblaron amenazadas por Selim y Bayazeto. Una multitud que se creía llamada por Dios para dar leyes al mundo, y obraba bajo la impresion de un paraíso que se le abria muriendo en la ejecucion de tan gloriosa empresa, no era á la verdad fácil de ser contrarestada; mas esta muchedumbre que paseara victoriosa su bandera desde el norte del Asia hasta el mediodía de la Europa sentía debilitarse sus fuerzas á la vez que se alejaba del teatro de sus primeras conquistas. Ese fanatismo que encendieran en el pecho musulman las promesas del profeta, dejaron de entusiasmar, á medida que sus creyentes perdieron la fe, á medida que las faltas de su código se hacian mas notables en presencia de las necesidades, y á medida que su religion, sus costumbres y su política principiaron á experimentar el rechazo uniforme y constante de las naciones europeas.

Considerado atentamente el Alcoran, se echan de ver

aquellas faltas: nada hay en él escrito relativamente á administracion, ni nada en orden al derecho civil ni penal. Mas á pesar de todo esa reunion de disposiciones llovidas sucesivamente del cielo, cual fecundo rocío, como pretendió Mahoma, es lo único que interesa saber al musulman. « Todo lo que no se registra en ella es enteramente inútil y profano; » y bajo el imperio de esta fe obraba un célebre califa cuando hacia quemar la preciosa biblioteca de Alejandria, depósito de todos los tesoros de la erudicion griego-romana. El Sunnah completa el Alcoran recogiendo en un cuerpo las leyes tradicionales que tuvieron su origen en palabras y hechos atribuidos á Mahoma, y en las decisiones dadas por los califas, sus primeros sucesores. Él ha sido comentado por los doctores musulmanes, y cuando el texto y sus comentarios no están de acuerdo, el scheislan y los ulemas reunidos consultan el Alcoran, y resuelven segun su espíritu. Del mismo defecto de que adolece aquel se resienten tambien los demas libros escritos bajo sus inspiraciones, y esta falta de un código perfecto es sin duda una de las causas principales que comenzaron á preparar la decadencia del imperio formado por el fervor de los primeros creyentes del profeta.

La ausencia total de instituciones no ha influido ménos en su ruina, abriendo paso á los vicios que hacen decaer las monarquías mas poderosas, así como las repúblicas mas florecientes. Las buenas instituciones son el alma de los pueblos, realizan el cultivo de sus individuos, purifican sus costumbres, y dan solidez á las creencias, que ordinariamente vemos impulsádoles en el camino glorioso de las reformas. Nada de esto existe en Turquía, ántes por el contrario, á mas de aquella imprevisión de las leyes y de la ausencia total de instituciones, la pluralidad de mujeres, la esclavitud y la mala administracion de justicia la arrastran á su disolucion. El Alcoran permite á cada uno de sus afiliados desposarse con cuatro, y esta mala aplicacion de las costumbres patriarcales produce el abatimiento de la mujer,

la priva de sus derechos, introduce la rivalidad en el seno de la familia, é inspira enemistades entre sus individuos. Los que han creído ver en la esposa cristiana un ser degradado desde que se la somete al cuidado y jurisdicción del marido, forjaron á esta en el tipo de las musulmanes: no encontraron diferencia entre la dignidad que da á aquella el Evangelio, declarándola en todo igual á su esposo, recomendándola al respeto, al amor y á la fidelidad de este, y declarando que no es su sierva sino su compañera; y la prision estrecha, el trato degradante y la falta absoluta de representacion en que la constituye el Alcoran. No sé cómo calificar una pretension tan absurda, y que nada prueba sino, ó mala fe, ó ignorancia suma de parte de sus autores. Penetre quien pueda los palacios de los ricos ó las habitaciones de los pobres, é indague cuál es la suerte de la mujer musulman: bien sea que la fortuna la haya elevado hasta colocarla al lado de un hombre de primer rango, ó bien pertenezca á otra esfera ménos elevada, en uno y otro caso su condicion será igual; para ella no existe la sociedad, su voz en el hogar doméstico se pierde entre otras muchas, y su nombre mismo se confunde con el de cualquiera persona empleada en el servicio del jefe de la familia. Alternando con sus compañeras de infortunio, que son sus verdaderas rivales, rodeada de siervos que dividen también con ella las atenciones y el amor de su marido, y sometida á una rigurosa vigilancia; esa mujer es un esclavo que encerrado en el recinto de su casa arrastra una existencia penosa, sin encontrar consuelo de ninguna especie que le compense sus continuos sinsabores.

La esclavitud no es ménos disolvente para la sociedad que aquella degradacion lo es para la familia: esos millares de individuos sin voluntad ni representacion propia que se mueven á la voz de un amo, no son los que pueden contribuir á la conservacion ni ménos al progreso del Estado. Salidos de las provincias abrasadas de la Nubia ó de las regio-

nes mas lejanas de la Arabia Pétreá, vendidos luego á un rico por unas pocas piastras, son empleados en el trabajo de sus propiedades ó en el cuidado de sus asnos y de sus camellos. Un motivo cualquiera le hará mudar de dueño, pues sigue la suerte de las cosas, ni mas ni ménos que los demas muebles que constituyen la propiedad de su señor. De dominio en dominio él atravesará quizá todas las provincias del imperio, probará en ellas toda suerte de condiciones, experimentará todos los grados del infortunio, y terminará su carrera del mismo modo que la principió, sin haber sido jamas dueño de su voluntad, ni salido de la condicion humillante que le igualaba con los brutos animales. Muchas veces he reflexionado sobre la desgracia que preside la suerte de estas criaturas, y especialmente cuando observando el trato que reciben de sus amos, veía puesto de relieve y en grandes proporciones todo el horror de la degradacion humana. Esos hombres que cargados con el ajuar doméstico marchan por los valles de la Siria ó por las soledades del Egipto revueltos con las bestias, trasportándolo de un punto á otro; esos hombres desnudos totalmente que bajan de la Nubia amontonados en el seno de una embarcacion sin cobertor que les defienda de un sol quemante; esos hombres encerrados, en fin, en los depósitos que existen en casi todas las grandes capitales de la Turquía, revueltos sin diferencia de sexo, y que son exhibidos por sus guardianes á los compradores del mismo modo que un efecto en el mercado, y cuyas propiedades se publican con ofensa del pudor y de la moral y con insulto de la naturaleza misma; todos esos, repitó, á nada pueden contribuir sino á labrar la ruina social, aumentando el número de los seres infelices que maldicen con su existencia la mano que les oprime. Algunos hechos que hemos presenciado y vamos á puntualizar mas tarde, manifiestan bien hasta dónde llega la extension de estas dos esclavitudes que autoriza el Alcoran. Mientras tanto esa servidumbre espantosa que so-

portan estos disidentes del cristianismo, será uno de los vestigios numerosos que encontramos todavía en Asia, África y América del pesado yugo que oprimió la raza humana, hasta que el Evangelio vino á redimirla.

Cuando vamos á numerar la influencia supersticiosa de los ulemas como otra de las causas de la postracion del imperio otomano, no entendemos por este cuerpo solamente á los encargados del culto, pues que, propiamente hablando, no hay algunos que tengan solo esta incumbencia entre los mahometanos, sino la multitud de teólogos, jurisconsultos y profesores de colegio, en cuyas manos han venido á reunirse el poder para explicar el Alcoran y el encargo de instruir la juventud; circunstancia que les da una influencia poderosa sobre el pueblo, y que en diferentes ocasiones han sabido bien emplear en provecho de sus propios intereses. Unidos los ulemas alguna vez con los genzaros, suscitaron al poder obstáculos hasta derribarlo: mezclados casi siempre en la política, su voz se alza constantemente contra las innovaciones, por imperiosas que sean las circunstancias que las exijan; y en fin no se prestan sino con disgusto á todo lo que puede contribuir á levantar su sociedad de la postracion en que la tienen sumida la ignorancia y el fanatismo. Las disposiciones mas oportunas de los sultanes han fracasado en esta barrera formidable, y mas de una vez vió la nacion al gran sultan resignar su poder, por exigirlo así los ulemas apoyados en la firme resolucion de un pueblo decidido á hacerlos respetar, como intérpretes de la voluntad de su profeta. Abdul-Mejid ha sido quizá el primero que sostuvo sus reformas con energía que le hace honor; pero tambien es verdad que él contaba con apoyo de ejércitos extranjeros, que supieron sofocar desde sus primeros síntomas la irritacion que aquellas medidas excitaban en el cuerpo de los ulemas, propagándose por la multitud infinita de sus adictos. Destierros, cambios y arrestaciones numerosas en el personal de los puestos mas

elevados entre aquellos fueron necesarios entónces (1) para apagar la chispa que, salida del santuario, amenazaba incendiar todas las provincias de un imperio minado ya por todas partes.

Los ulemas, segun su rango, tienen mayor ó menor representacion en la sociedad, el scheislan los preside, y á él toca, por derecho que le da la tradicion de muchos siglos, ceñir la espada al soberano el dia de su inauguracion en el trono, á él aconsejarle en los mas arduos negocios del Estado, y á él sellar la interpretacion dada á los difíciles puntos de la ley. Sus *felfas* ó decisiones son ejecutadas ciegamente, y tienen tambien fuerza de ley. En los primeros tiempos del islamismo, quien subia á este alto puesto era inamovible, concediéndose solamente á personas de la familia imperial. Los rangos inmediatos al gran mufí ó scheislan los ocupan las altas dignidades de la magistratura, y los siguientes los que dirigen la instruccion pública. Las diversas circunstancias que ha atravesado el imperio turco causaron graves alteraciones en estas dignidades. Hoy todo su personal es amovible, y pende de la voluntad del sultan. Los ulemas se distinguen ordinariamente por su traje blanco y un turbante tambien blanco, están siempre al lado de los que gobiernan, y sirven como de mediadores á cuantos pretenden alcanzar justicia de los grandes potentados. Pero el cuerpo de ulemas ha perdido mucho de su influencia despues de aquellas severas providencias, y la Europa ha visto iniciarse para la Turquía una época de reformas importantes, y que si se llevan á cabo, preservarán al Estado de su ruina total. El islamismo no puede sostenerse sino mientras subsistan sumidos en la ignorancia los pueblos que lo abrazaron, mientras una legislacion intolerante le preste su auxilio, y mientras, en una palabra, la cualidad de ciudadano turco esté identificada por las leyes

(1) A principio de 1854.

con la de creyente mahometano; pero apenas lleguen á faltarle estos elementos, entónces veremos desaparecer la fe del profeta, del mismo modo que los gruesos nubarrones de primavera se deshacen heridos por los ardientes rayos de un hermosísimo sol. Algunos viejos creyentes, para quienes es delito todo cuanto envuelve novedad, conservarán en relieve las viciosas y ridículas formas del islamismo; pero ellos pasarán también, y del Alcoran poco despues nada se conservará fuera de su nombre y de sus leyes guardadas fielmente por la historia. La marcha de los sucesos nos autoriza para pensar de esta manera: comparando lo que pasaba ahora medio siglo en el territorio musulman con los acontecimientos que se realizan delante de nuestros propios ojos, no podremos dudar que la época de regeneracion ha llegado para la Turquía, así como que los obstáculos que la impedían principian poco á poco á removerse. Ya los seminarios que erigidos á la sombra de las mezquitas recibían á los jóvenes de mas adelantadas disposiciones para instruirse en el cuerpo del derecho y en las tradiciones religiosas, cuentan solo individuos de la clase pobre ó hijos de los mismos ulemas que los presiden: el cristianismo, objeto de rabia para la multitud, ha llegado á ser mirado con tolerancia por unos y con indiferencia por otros; una infinidad de pobres corre cada día á las dispensarias y casas de caridad en Constantinopla, Alepo, Smirna, Beyrouth, Jafa, Damasco, Alejandria, Jerusalem, y en fin en todas las populosas ciudades del imperio para ser curados de sus enfermedades por las religiosas: estas son recibidas como ángeles tutelares en todas partes, y para ellas están abiertas no solo las habitaciones de los ricos, sino los palacios mismos del soberano, donde son llamadas para dispensar su ministerio de hacer bien. Los misioneros, que despliegan una caridad incomparable en medio de las epidemias, y corriendo las campiñas y los pueblos derramando sobre hombres de cualquiera creencia los consuelos que deman-

daba su situacion, son condecorados con la medalla de honor que los sultanes reservan para premiar los servicios mas señalados rendidos á la patria. La procesion del *Córpus* recorre las calles de Pera con toda la pompa de sus ceremonias, y escoltada por una guardia de honor; los templos y sus ministros son respetados religiosamente, y los cementerios mismos para sepultar á los cristianos gozan de privilegios que las leyes reservaban para los adoradores del profeta. Estos hechos anuncian una revolucion verdadera, sino en todas las provincias del imperio, al ménos en las mas importantes, y desde donde ese movimiento, tomando cada día mayores proporciones, se propagará hasta los pueblos mas interiores y remotos. Los que esperan de la Rusia salvacion para la Turquía, poniendo la tolerancia que acreditan estos hechos frente á la opresion que mortifica á los disidentes del cisma griego en los vastísimos Estados del zar, podrán decirnos si la intolerancia moscovita ofrece mejores garantías á la causa de la civilizacion que aquella libertad que bajo la dominacion de los sultanes gozan hoy en Turquía los hombres de toda religion.

Por las calles de las ciudades, por los mercados y los campos se encuentran con frecuencia ciertos hombres vestidos de pieles de animales y descalzos: su barba larga y su fisonomía pensativa les da cierto aire misterioso que pudiera recordar la edad de los profetas. Estos hombres son los *derswiches*, reputados como los monjes de la religion mahometana. Desde Konich ó Iconio (1) donde tuvieron su principio, se han derramado en todas las provincias dominadas por el islamismo. Su nombre de *pobres* les recomienda á sus creyentes, y por su profesion deben ocuparse de la enseñanza de su ley, y de recoger limosnas para fomentar su congregacion. En su origen los *derswiches* pertenecieron todos á una misma familia religiosa, mas hoy se en-

(1) Ciudad de la Caramania en la Turquía de Asia.

cuentran divididos en diversas sociedades, que haciéndose graves cargos unas á otras, son rivales y enemigos entre sí. Se diferencian en sus trajes: unos pretenden ser mas observantes que los demas, y los hay quienes atraviesan desnudos provincias enteras, afectando una pobreza y austeridad de costumbres asombrosas. La generalidad de los mahometanos venera á los derswiches, pero no la clase rica, ni ménos los que pasan por ilustrados: todos éstos los desprecian y les cierran las puertas de su casa, dándoles los epítetos de impostores y corrompidos. Ignoro si la mayoría de estos hombres merecerá ó no apodos semejantes; lo que sé es que habiendo hecho á Dios voto de pobreza y castidad se les ve correr tras del dinero, castigar con azotes y con fuego su cuerpo por una cantidad pactada, y abusando de la hospitalidad, cometer en la casa de sus huéspedes hechos que ofenden á la pureza prometida. Tambien son muy conocidas las supercherías de que se valen para deslumbrar con hechos que sorprenden á un vulgo ignorante y crédulo, que llama *milagro* lo que no le admiraria si pudiese penetrar los secretos de la impostura; y en fin, los artificios de que se valen para procurarse la veneracion de los devotos, hoy ya son generalmente conocidos de los Europeos en los países orientales (A). Siempre memorables serán las providencias tomadas por el general Ibrahim-Pachá para reprimir las imprudencias de los derswiches. La época de sus conquistas es la de su decadencia, pues que los persiguió de muerte como corruptores de la moral del pueblo. Á mí me repugnaba la fisonomía de esos hombres desnudos, y que llevando algunos envuelta en el pescuezo una larga culebra, que crían desde pequeña, persuaden al pueblo que las bestias feroces se someten á su voz. Meca y Medina, ciudades santas de los musulmanes, lo son á la vez de los derswiches: allí van estos á terminar su carrera, despues que han adquirido algun dinero y completado un número determinado de años de profesion, y allí sobre el sepulcro del

profeta les encuentra el decreto del cadí de la Meca, que les declara santos, perfectos y obradores de milagros. Estos hechos tan repugnantes manifiestan bien por sí solos que la Turquía, abierta como hoy va á estar para todas las naciones, recibiendo en su seno una multitud de Europeos que la cruzarán en toda direccion, y teniendo sus habitantes libertad para abrazar la fe que encuentren mas conforme con sus convicciones, no podrá permanecer mas tiempo en ese estado de degradacion que tanto repugna á los principios y á la doctrina de la moral. Los que viven explotando las preocupaciones de los pueblos lucharán decididamente contra los elementos de ilustracion, excitarán la fe de sus creyentes, harán frecuentes llamamientos á la conciencia de la multitud, amenazarán la autoridad con voces destempladas, y predicarán quizá la rebelion contra el poder legítimo; pero todo esto no será mas que el síntoma de su disolucion. ¡Desgraciada la autoridad que con conciencia segura de hacer el bien deje intimidarse por gritos hijos del interes individual, y retroceda en la realizacion de sus propósitos benéficos! ¡pero mas desgraciado aun el pueblo que sintiendo sobre sí el peso molesto de hombres que le sacrifican se empeñe en mantenerlos, consintiendo que á su nombre se embarguen las providencias oportunas de la administracion resuelta á perseguirlos! Este es sin embargo otro de los obstáculos que en la Turquía se opone á la accion del verdadero bien destinado á regenerarla.

La pena capital sancionada por el Alcoran contra los desertores de su ley no puede subsistir sino sostenida por la accion de congregaciones y de individuos de la naturaleza de los ulemas y de los derswiches. El mahometano que estimulado por las inspiraciones de su entendimiento y de su corazon se resuelve á cambiar de fe, necesita decidirse al mismo tiempo á abandonar su patria, sus propiedades, sus amigos y parientes, pues que la ley del profeta á ningun apóstata de sus creencias permite vivir entre los fieles. De esta injus-

ticia monstruosa son adherente necesario las disposiciones relativas á los súbditos del sultan nacidos en el cristianismo : su falta de personería para acusar ó demandar en los tribunales á un mahometano, su inhabilidad para ser nombrado juez ó componedor en cualquiera ocasion, y aun para ser aducido en juicio como testigo. Cuando esta barrera formidable se haya salvado, cuando ese mismo gobierno que inició ya las vitales reformas que pedia la situacion del país la haya removido, entónces la Turquía marchará de plano por la via de la única regeneracion posible que existe para la sociedad, á saber : la regeneracion cristiana. No de un cristianismo material como el que profesan en su seno los cismáticos orientales, porque á la verdad no habria llenado su objeto si arrojando el libro del Alcoran fuese á tomar el del Evangelio explicado por los secuaces de Focio de una manera contraria á la que enseñó su mismo autor. Ni hay mucha diferencia, á decir verdad, entre el fanatismo y la intolerancia que inspira á los musulmanes el libro de su profeta, y el fanatismo y la intolerancia que muestran los popes cismáticos de Rusia, de Grecia y de Turquía. Ni están mas avanzados en instituciones, ni en beneficencia los Estados cismáticos que separándose de la Puerta hoy son independientes, que los gobernados aun por el sultan; y esta será una mas despues de tantas otras demostraciones que verifican aquel juicio. La regeneracion por el catolicismo, que inspira caridad en vez de intolerancia, y amor en lugar de fanatismo, es la única que puede causar en el imperio otomano la regeneracion que necesita. La regeneracion por el catolicismo, repetimos, pues este es quien posee arbitrios para apoderarse del corazon, para plantar en él el principio religioso, y para despertar é ilustrar la conciencia, elevándola á reguladora de las acciones en el hombre. Una religion material que se alimenta de signos vacíos para el mismo que los practica, cuyos principios no son conocidos de la generalidad del pueblo, cuyo origen fué la rebelion, y cuyos

frutos son ceguedad y muerte, no es por cierto el elemento que pudiera regenerar á naciones postradas por los vicios.

Hemos indicado ya que las viejas preocupaciones han ido perdiendo terreno á medida que las instituciones católicas hicieron experimentar al pueblo su accion benéfica. Los que piensan con libertad en materias religiosas, los que estudian el origen y desarrollo de su fe en otros libros que los salidos de los ulemas, todos estos descubren fácilmente ese tejido de imposturas y de contradicciones que forma la religion del Alcoran. « ¿Cómo podré creer, decia uno de estos, la mision de Mahoma, ni sus viajes por el cielo, ni su peregrinacion del templo de la Meca al de Jerusalem sobre el caballo que le trajo el ángel Gabriel, cuando veo que el profeta no pudo salvarse en la derrota que experimentó en la batalla de Ohad? — El conocimiento de una impostura hace naturalmente desconfiar. » Esto es lo que pasa entre los mahometanos ilustrados : no encontrando despues de meditar las pruebas de su religion mas que patrañas repugnantes, concluyen por nada creer, ni conservan en el fondo de su corazon ninguna clase de fe en los dogmas que enseña el Alcoran. Los que han sido educados en Europa, á esta falta de religion añaden todavía los sistemas materialistas que aprendieron fácilmente en los colegios, careciendo de principios que pudieran haberles servido de precaucion. « Los hombres ilustrados son filósofos; » y estas pocas palabras de que usaba aquel mismo explican perfectamente el estado religioso de la clase elevada entre los mahometanos.

En el pueblo bajo no sucede así; él conserva sus viejas tradiciones, él ayuna el ramadan con mas escrupulosidad que los ulemas y derswiches, y con la misma hace tambien sus abluciones; mas ese pueblo no ha tenido todavía ocasion de dudar, porque una legislación de hierro le privó de los medios por donde pudiera ilustrar su conciencia. Pero esta religion del pueblo no podemos calificarla, sino como hábitos materiales que sin nacer del corazon alimenta la hi-

pocresía, mil veces mas perjudicial que la irreligion misma. En efecto, el mahometano de la clase baja será con provecho de sus intereses reputado hombre timorato, si asiste con frecuencia á la mezquita, si hace profundas y continuas inclinaciones, si reza en alta voz al canto del mueslin, si ora tres veces cada día, aun cuando este tiempo le tome en el camino, ocupado en negocios de gravedad, ó en campaña de otras personas. Yo los he visto arrodillados en la calle y en medio de la muchedumbre al oír la voz de aquel que desde la galería de los minaretos predica orar á Alá (1); los he visto empezar allí sus rezos en alta voz vueltos al Oriente, y sin cuidar que se riesen ó no los Europeos que estaban presentes. Pero estos hombres que tanto aprecian las exterioridades, no son por eso ni mas severos en sus costumbres, ni mas dulces para el trato familiar con los demas. Ganada reputación de devotos, descansan tranquilos sobre ella; pero mientras tanto sus mujeres y sus esclavos lamentan el tratamiento perverso que reciben, los amigos observan que son fáciles para perjurar, y cualquiera podrá percibir sin trabajo que toda su religion ni consiste ni se alimenta mas que de supersticiosas exterioridades. Ese mismo hombre que no se atrevió á penetrar en la mezquita sino despues de haber lavado su cuerpo con repetidas abluciones, y despues de dejar en la puerta su calzado, conservará sin temor mil manchas en su alma, infinitamente mas sucias que las del cuerpo, y cometerá acciones que deshonoran á Dios mucho mas que presentarse calzado á orar en su presencia.

(1) Estos tres tiempos son al salir el sol, al ponerse y al medio dia.

CAPÍTULO IV.

Cisma del Oriente. — Divisiones entre los cismáticos. — Simonía. — Educacion del clero. — Influjo del gobierno en la eleccion de obispos. — Los monasterios. — Fanatismo y sus consecuencias. — El episcopado anglicano fraterniza con este desórden. — Mision católica de Constantinopla. — Los establecimientos de beneficencia. — Trabajos de los protestantes.

Al pisar la tierra clásica del cristianismo, en vano buscáramos la fortaleza jamas vencida de Atanasio, ni la elocuencia siempre triunfante de Crisóstomo, ni la ciencia profunda de Basilio, ó del memorable teólogo de Nazianzo. Todo cuanto contribuyó para dar celebridad á los países orientales en la primera edad del cristianismo ha desaparecido, y una serie de calamidades con que la Providencia castiga su doble delito de herejía y rebelion no permite ver sino vicios é ignorancia, allí donde brillaron las virtudes y las letras. Quien recuerde esa serie de hombres eminentes que presidieron los primeros patriarcados hermoheando al cristianismo con los rasgos mas bellos de santidad, y dejándole al pasar la herencia inapreciable de sus profundos conocimientos consignados en preciosos libros, y encuentre hoy la simonía, la ignorancia y otros vicios que nos repugna nombrar encaramados en el lugar que ellos dejaron, comprenderá bien la magnitud del crimen que merece castigo tan formidable. Nadie podrá fijar todavía el tiempo de la duracion de este, porque si la mano de Dios corrige la soberbia con la humillacion, y el cisma con la disolucion de